



De lejos y a mi alrededor

Bordos, represas y cortinas

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO, 1940.- Me platicaba mi papá que años atrás le había comentado el ingeniero Harvel, que si en un futuro faltara el agua para la ciudad, él veía como una solución viable, práctica y menos costosa la de construir bordos, cortinas o represas en diferentes lugares a lo largo del río de Colima, para captar las avenidas del temporal de lluvias con las que se formarían pequeñas lagunetas que servirían para paseos, cría de pescados, además, desde luego del almacenamiento de agua que por gravedad surtirla gratuitamente a la ciudad en el estiaje.

En la misma década, unos ingenieros norteamericanos que vinieron de Tucson, recomendados a mi papá para que los asesorara, conectándolos con la agencia de la Secretaría de Agricultura para estudio del sistema hidrológico del estado, mi papá los invitó a recorrer distintos lugares de la cuenca del río de Colima, entrando por San Cayetano y por el rumbo de Chapa. Les platicó mi papá sobre las represas o bordos, y ellos, muy acuciosos e interesados después de pedir datos, ver los suelos, las paredes de las barranquillas y la corriente, comentaron que era factible y de magníficos resultados, pues con los almacenamientos del temporal de lluvias subirían los mantos freáticos, ahorrándose mucho agua que actualmente se desperdicia yéndose hacia el mar.

Impresionado mi padre con lo del agua, lagunas, peces y desperdicio, empezó a hacer gestiones ante nuestros gobernantes, González Lugo, Chávez Carrillo y Velasco Curiel, sin lograr ningún resultado, pues parece que ya desde entonces, aunque nuestros gobernantes eran más accesibles, no eran fáciles de convencer con la lógica y menos por un simple ciudadano. Mi padre partió en 1973, y con su recomendación, yo continué con el mismo tema con Silva García, Noriega y Griselda Álvarez, desde luego con los mismos nulos resultados.

Expuse mis inquietudes y sugerencias sobre lo mismo al ingeniero Vázquez Oldenbourg, quien se mostró partidario, pues recorrió a pie parte de la cuenca del río Colima, pero agregó que no había recursos económicos en la comuna; por último le escribí y hablé con nuestro actual, quien como buen

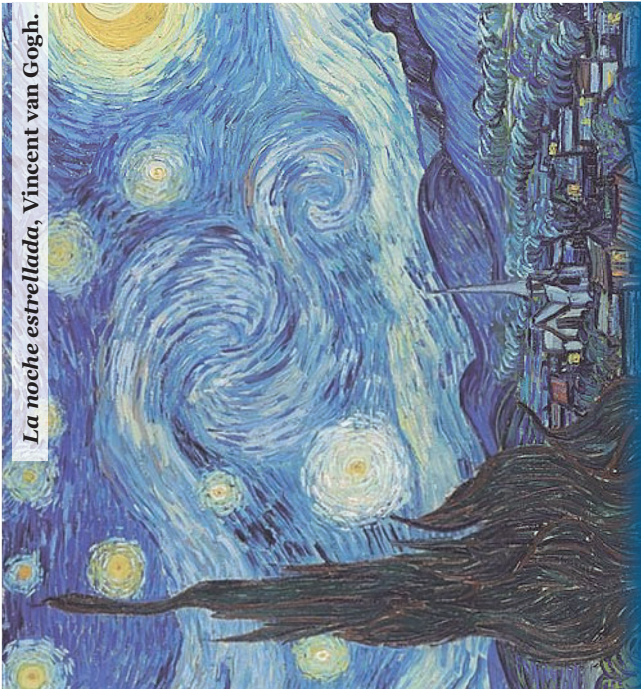
político mostró interés, pero desde luego dijo que el proyecto se analizaría y estudiaría, y posteriormente se resolvería.

Recuerdo que en el tiempo del gobernador Silva García, un simple ciudadano como el suscrito, mi compadre Jorge González Flor, expuso una sugerencia parecida para el arroyo de La Rosa o Camolán que pasa entre dos cerros, dejando entre ambos una abertura o Barranquilla de alrededor de 100 metros. La idea era que mediante una cortina construida en ese lugar se captaría tal cantidad de agua rodada a Manzanillo, Santiago y demás pueblos, rancherías y balnearios del rumbo, siguió agregando que precisamente donde se haría el almacenamiento detrás de los dos cerros hay varias lagunetas naturales que les llaman *tinajas* y que tienen agua todo el año. Pues todo parece que este era y es un proyecto práctico, viable y desde luego no costoso, pero se desgraciadamente para todos no se hizo, pero sí se construyó un sistema costosísimo: una serie de pozos profundos construidos en Armería, llevándose el agua a base de bombeo hasta Manzanillo, con altísimo costo por mantenimiento.

Ultimamente se ha estado comentando y haciéndose declaraciones por las oficinas respectivas de un proyecto para traer el agua de Zacualpan. Este proyecto, según me lo han manifestado muchas personas, será muy oneroso, lo mismo que su mantenimiento, además de que ese gran caudal de agua que actualmente riega grandes extensiones de tierras, se cancelaría con grave perjuicio para la agricultura.

Ojalá y estas consideraciones expuestas a tiempo a la opinión pública y a nuestros gobernantes, sirva para que en beneficio de todos, sea resuelto positivamente el sistema de presas, bordos y cortinas por ser más viable, menos costoso, con grandes ventajas turísticas, piscícolas, etcétera, en las cuencas de los arroyos del Manrique, La Barragana, Comala y río Colima, y así tener agua rodada abundante, sin mayor costo en los municipios de Colima, Villa de Álvarez y Comala.

* *Empresario, historiador y narrador.* †



La noche estrellada, Vincent van Gogh.

Esa luz

Miguel Ángel León Govea

Esa luz.

Esa luz que es un ave que navega.

Esa luz que es un ave que navega entre las casas de este lago, habitándolas por instantes de continuidad de la memoria.

Ave que asciende por los edificios anónimos de cielo, alas que descienden hacia el lodo de las orillas y el origen.

Esa luz.

Esa luz que traza orografías de miseria y opulencia viceversas.

Esa luz que es vuelo y permanencia.

Esa luz acostumbrada a la sombra de los cuerpos,

—siglosas siluetas de los siglos— en esta casa donde admiramos el primer fotograma de nuestros mejores sueños.

Esa luz, nuestra casa redonda del destino.

Esa luz, la que crea la casa.



Intervención salvadora

(4 de octubre de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

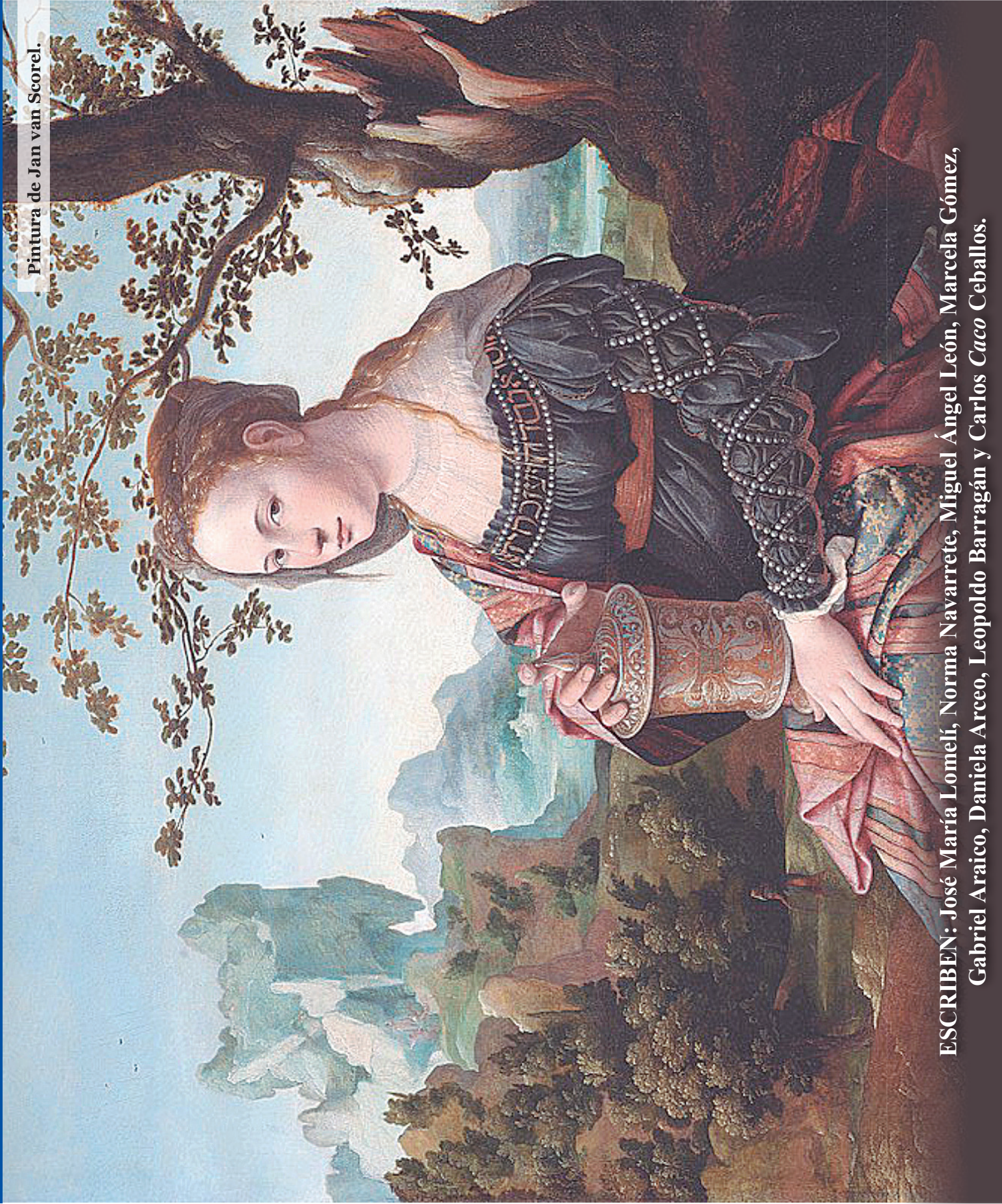


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

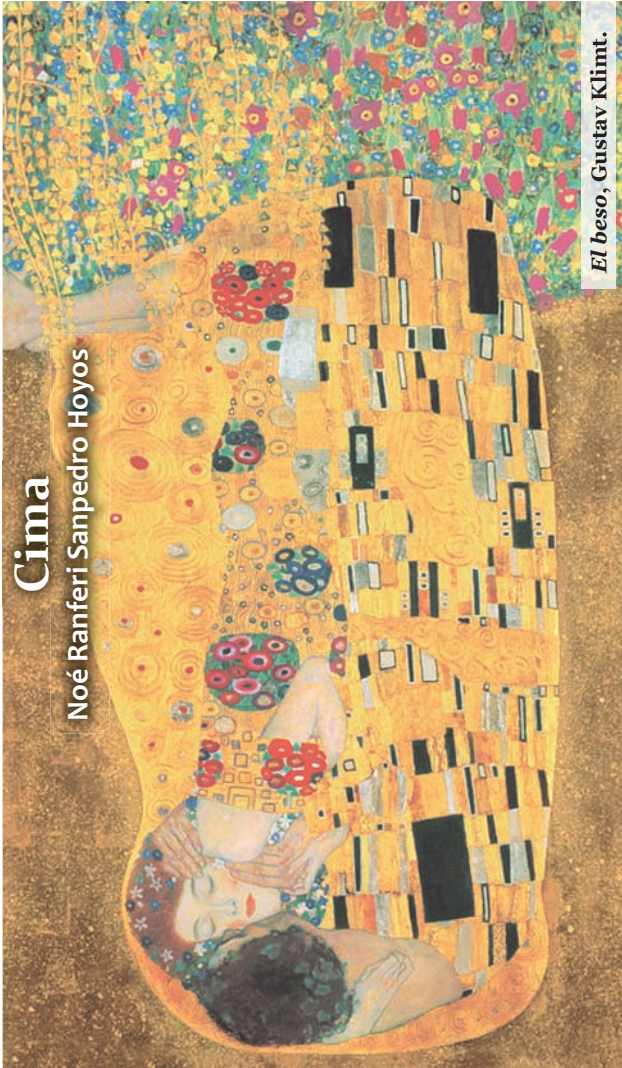
2524

DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 2018



Pintura de Jan van Scorel.

ESCRIBEN: José María Lomelí, Norma Navarrete, Miguel Ángel León, Marcela Gómez, Gabriel Araico, Daniela Arceo, Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.



Noé Ranferi Sanpedro Hoyos

El beso, Gustav Klimt.

AS luces rojas parpadeaban. Roc las miraba con atención, mientras fumaba el primer cigarro de la caja y esperaba a Gina, que le había pedido parar un momento para comprar un ejemplar de la revista *Lutré*, en una pequeña tienda que estaba al lado de una gasolinera a las afueras de la ciudad.

Más allá de la ciudad, corrían el riesgo de no encontrar el ejemplar, y ella decía que tenía que leer su horoscopo semanal, sino se perdía algo de conocimiento, y el solo hecho de haber tomado unos momentos del día para leer algo, ya desviaba todo lo que normalmente hubiera sido. Gina salió de la tienda y se dirigió hacia Roc, quien seguía perplejo en el parpadeo intermitente de las luces rojas de la Ford. Esperó un momento a terminar su cigarrillo, mientras Gina ya leía su revista a bordo. Arrancaron.

El sol comenzaba a asomarse a lo lejos, sus primeros rayos detrás de los cerros oscuros se asemejaban a un murmullo entre dos voces, entre dos entes que se despiden, la cópula sublime rojizo-amarillenta de algo que está, se queda y se consume en el acto, sobre algo que permanece en cambio constante, algo como el tiempo, que sacaba, revelaba y deshacía las penumbras de toda la superficie bajo el horizonte formado por el alto relieve de las montañas.

Todo frente a nuestros ojos –se repetía Roc–, todo frente a nuestros ojos. Y sin embargo el olvido. Indudablemente, en algún lugar, irremediable, agazapado como el musgo lamoso sobre las piedras que alguna vez estuvieron bajo las compresiones metamórficas de la cáscara de nuez. No había más que observar, lo más que pudieran, todo el aparente reconocimiento, intentar permanecer la mirada a un punto cualquiera, y después, en el mejor o el peor de los casos, algo como las palabras, intentando recubrir y recrear y dar fe de algo que está.

Iban para Chatillo, un pueblo que estaba al lado del mar, a dos horas de la ciudad. Habían planeado el viaje unos días antes, luego de que a Roc le dieran el primer pago del ascenso en la fábrica empacadora y a Gina la corrieran de la oficina de seguros. Roc renunció después de eso,

El atrevimiento de una ciega*

Sara Yadira Pinto Castillo

En un día casual como cualquier otro, de esas veces tan comunes en que uno se queda ciego literal, en un abrir y cerrar de ojos, y como ciega recién desempaquetada, te sientes como si apenas estuvieras bajando del avión en que unos hongos alucinógenos te hicieron subir, comienzas a ver duendes de Tecomán y elefantes rosas, y algo así fue lo que me sucedió.

Como toda señora ama de casa, muy comprometida con su labor, y puesto que ya no podía ver novelas por las tardes, me dispuse a hacer cambios en mi casa para que fuera más vistosa y así sentirme orgullosa de lo bien que se miraba. Para ello, se me ocurrió ir a buscar telas, escoger la más colorida y con formas extravagantes, para que llamaran la atención.

Llegué a la tienda, por supuesto, no sola, sino con un bastón humano que ni en reducción quedaba como la complejión de éste, pero bueno, lo importante es que llegué a mi destino.

Ya una vez en la tienda, con lo poco que mis ojitos captaban en colores y diseños, me sentía como si estuvieran jugando con mis sentimientos, pero hasta ahí todo iba normal, escogiendo mis telas, cuando de pronto, mientras intentaba complementar a mis ojos con mis manos, sintiendo las texturas de las telas, encontré la perfecta, y como clásica ciega, se me ocurrió levantar ese maravilloso retazo. Tomé la tela suavemente, para que las luces de la tienda la iluminaran y así distinguir su diseño, pero, ¡oh, sorpresa!

Al tener la tela hasta arriba, sentí que se atoraba, entonces la jalé, para llevarme el peor chasco de mi vida. Resulta que se trataba del vestido de una mujer, cuya humanidad podría describir como un maniquí multiplicado por 10, que al saberse sorprendida y haber mostrado sus megaencantos de esa ropa que cubre lo más íntimo de su ser, salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Quizá yo me vi muy sospechosa por la postura en que la tomé, aunque ya después, reflexionando las cosas, me sentí como Judas después de haber vendido a Dios, pero ya no quedó de otra más que darme cuenta de que debo aprender a reducir mis impulsos manuales.

Esto de vivir como ciega me trajo experiencias muy chuscas, como la narrada, pero le doy su valor de risa hasta ahora que la recuerdo, pero en ese momento me daba tristeza, por mi proceso de adaptación.

**Texto que participó en el primer concurso de relatos sobre ciegos que llevó a cabo La Organización de Ciegos Colimenses*



NATILLA perfumada: Mejor que la leche pase tibia, por obra de tus manos, desde la vaca al cuenco asentado en tu vientre. Si es así, solo bastará esperarla a fuerza de harina o de fécula, mareando la blancura con una vara de madera. No olvides perfumarla con nanerjan seca, con limón, con ramas de canela. Y volverás a ser niño cuando la comas bajo la luna llena”, *De Palabras al rescoldo*, María Teresa Andruetto.

Las mejores lunas son las de octubre –reza la *vox populi*–, y esas noches oscuras de azul anuncian largos días, los vientos soplan apenitas fríos y muy sonoros, mientras los magentas de las tardes y las flores acompañan la operativa estacional. Los aromas regozosos de nostalgia-niñez y espejos-vejez nos reconfortan y cobijan para bien pasar “los largos días de después” del solsticio de invierno, así el equinoccio de otoño designa una etapa de abundancia para todas las culturas alimentarias y, por ello, se necesita de mucha “talacha”, para conservar sabiamente los frutos de la tierra, pues es el gran ciclo de la recolección-cosecha y, por tanto, de almacenamiento, que según las latitudes geográficas, son las necesidades, los modos de preparar y resguardar los insumos que alimentarán a la comunidad hasta la aurora primaveral.

La estación se relaciona en símbolo y figura a la plenitud, y de la plenitud sólo puede continuar un descenso. En este periodo, los cambios del bio-paisaje sintetizan todos los ciclos orgánicos de la vida-muerte-vida. El ecosistema “es” en su totalidad, o como dicen las abuelas, ¡en plena flor!, por su vitalidad expansiva, para antes de anochecer invierno, “prepararse” para dormirar, es decir, secar y soltar sus hojas para reducir al máximo sus necesidades y así resistir.

Curiosamente en el ciclo femenino mensual asociamos la fase Lútea al otoño (también llamada etapa premenstrual, así que es la antesala del sangrado), que inicia con una gran euforia-expansiva, por la abundante producción de hormonas para pro-gestar, y al final de la fase, descendiendo junto con el ánimo y la emoción –algunas veces apacibles y otras muchas manifestándose con dolor–, como un preparar del cuerpo para “soltar” la menstruación: el “desprendimiento” del endometrio para reiniciar el ciclo.

El otoño inicia con rituales funerarios, como el Día de Muertos mexicano y la Noche de Brujas celta, por mencionar algunos, y termina con festividades y banquetes por las buenas cosechas. Son tiempos de pizar y recolectar los últimos frutos, antes de la larga noche invernal. Las

La antesala de invierno

Marcela Gómez Gutiérrez

abuelas, sabias mujeres, degustan calabazas y raíces dulces, terminan a sorbos sus ponches decembrinos, de frutas y especias, para prevenir resfriados y chiquiar el alma. Son tiempos de hacer conservas de frutas y vegetales, de cocinar las carnes en pucheros-caldos-cocidos para vigorizar los cuerpos, mientras en los mercados se respiran todos los sabores, anunciando la paleta de colores otoñales: mandarina, moras, camotes... la tierra y el sol, con los girasoles representándole.

En Colima hablamos, cuasi en broma, de tener cuatro veranos, en tanto a estaciones-ciclos anuales, porque “la calor” y la humedad nos hacen padecer todo el año, incluso, a modo de sarcasmo, anunciamos la llegada del “rudo invierno colimote”, cuando en las mañanas y madrugada frías somos obligados a abrigarnos como si nevara, y sin embargo podemos vivenciar-disfrutar las estaciones, por los sutiles cambios de colores de las tardes

y las flores, las nubes matizadas, los cielos claros y en los tanguis o en las puertas-entradas de los mercados todo sabor, las abuelas recolectoras/campesinas anuncian, sobre rejas de madera y baldes de plástico, los manjares locales otoñales que podemos disfrutar: como los calentitos camotes del cerro, las calabazas para merendarla enmielada o manducarla con carne de puerco, los chayotes, las guayabas rosas, además de los nopales tiernos, los chiles serranos, hortalizas y las muy queridas y siempre bien ponderadas tortillas azules, traídas de las milpas, las huertas y comales de mujeres indígenas-campesinas de Zacualpan y Suchitlán, principalmente.

Huele a canela mi abuela materna y la paterna a pimienta negra, sabores picantes que son, en los platos a degustar, reconfortantes y sabios al paladar. De ajo y cebolla para todo sofrito saborizar con el propósito de sanar; al caldo enaltecer y a las salsas, cuerp

po aumentar: la sabiduría de los haceres y saberes en la cocina reconocer, que es la salud, por alegría al sabor y, sólo después, a cucharadas preguntar: ¿Qué sentipensamos sobre los ciclos naturales y cómo los viven nuestros cuerpos mediatizados por el marketing? ¿Qué rituales cotidianos sabrosos se hacen en los hogares colimotes en cada cambio estacional? ¿Cuáles sabores esperamos que lleguen en cada temporada? ¿Podemos detectar cambios anímicos en nuestra persona o en nuestra comunidad, según la estación anual o a partir de otros ciclos de la naturaleza-vida? ¿Con cuáles festividades en *fin de ciclos* nos identificamos? ¿Cómo y por qué se relacionan éstas con las saturnalias romanas y los tiempos agrícolas en el mundo?

Son tiempos de hacer conservas de frutas y vegetales, de cocinar las carnes en pucheros-caldos-cocidos para vigorizar los cuerpos, mientras en los mercados se respiran todos los sabores, anunciando la paleta de colores otoñales: mandarina, moras, camotes... la tierra y el sol, con los girasoles representándole.

Centro centro

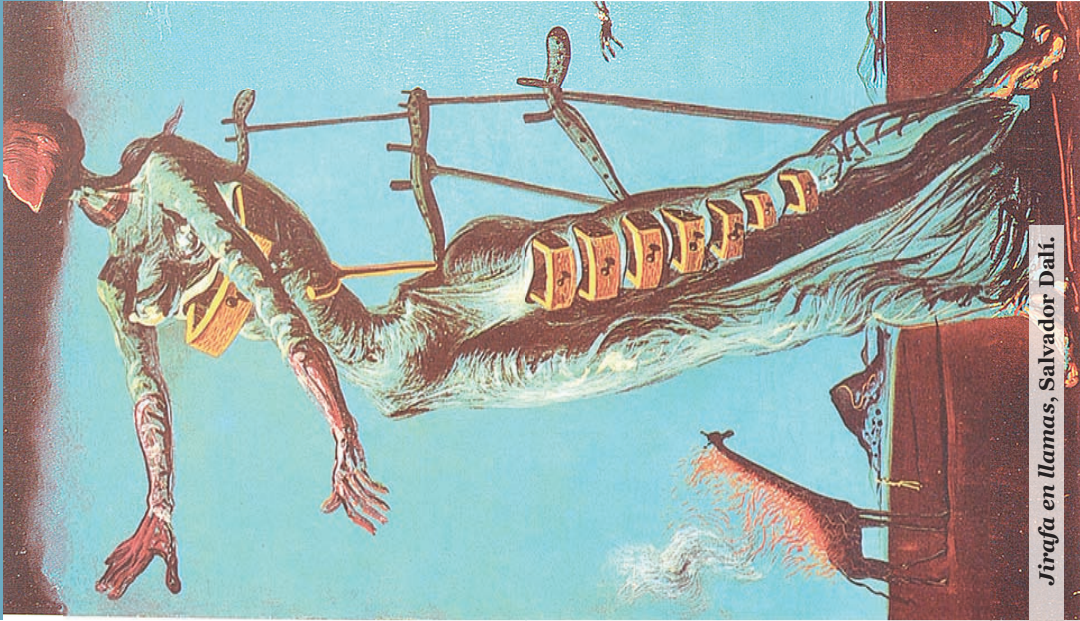
Daniela Artemisa Arceo Gallegos

Al centro la buena vibra la esperanza, la pausa causa de aflicción, la protuberancia de no saber decir reducción repetición de la sílaba nuestra fue noviembre en pleno miércoles trabajo y otra vida *after midnight*

corro al núcleo, al climax soy el fuego iluminándote soy la prisa de ya verte centro centro regresa a la nada existe la puerta la puerta que está cerrada

Mi encuentro es nada y nitidez ni un murmurio o tropiezo *I feel it coming* y me desespero fuerza paciencia fuerza mañana iluminada mismo día al despertar sol es día es luz

Centro, cómo conquistarte? cómo hacer tu cuerpo rompecabezas danzo un intro, un prelude (ser)...



Jirafa en llamas, Salvador Dalí.

